

El jefe cobrizo que estaba rodeado de cuarenta ó cincuenta hombres de los mas esforzados de su tribu, comenzó á negarlo todo procurando con mentidas razones tranquilizar al capitán inglés, y al mismo tiempo atrayéndolo fuera de la choza, para aproximarse á la que servia de almacén del trigo, que custodiaban doscientos guerreros, sin contar con otros treinta emboscados en los vecinos árboles, y preparados á lanzar una nube de flechas á la señal convenida.

A vista de tan formidables preparativos, aterraronse los colonos, mas Smith, ó desesperado ó furioso, si no ambas cosas á un tiempo, arrojándose sobre el cacique, en medio de su propia guardia, asióle con la una mano por la mecha de largo cabello que en lo alto de la cabeza llevan todos los Indios, y con la otra púsole al pecho una pistola amartillada. Dueño así de la persona del no sin razón aterrado Indio, Smith comenzó por obligar á sus guardias á deponer á sus piés las armas, y luego mezclando hábilmente amenazas y promesas, consiguió cuanto apetecia, amen de salir con todos sus compañeros salvo de tan peligrosa temeraria aventura.

Esa y otras hazañas, con la agudeza constante de su ingenio, y la nunca desmentida habilidad de sus actos, hicieron al cabo del capitán Smith un personage tan influyente en aquella tierra, que merced á él puede asegurarse, que fué posible en la Virginia el establecimiento de las colonias inglesas.

Sin embargo, ni el talento ni la fortuna de Smith lograron nunca extirpar el odio á los blancos en el corazón de Pawhatan, quien poco tiempo después del último lance referido, estuvo á punto de hacer asesinar á un colono importante, Sir Richard Wyffin, y consiguiéralo si otra vez no se interpusiera Pocahontas entre la víctima y el puñal alevoso.

Esa, con otras muchas traiciones de los Indios, y juntamente la ingratitud y mala voluntad de sus propios compatriotas, llegando á cansar al cabo al capitán Smith, decidiéronle en 1609 á abandonar el peligroso puesto en que con tanta resolución como acierto habia administrado la colonia. Dejola pues para regresar á la madre patria, y apenas el bajel que le conducia perdió de vista la playa americana, puede decirse que comenzaron á hacerse sentir los funestos efectos de su ausencia. Pawhatan,

en efecto, perseverante en su odio á los blancos, hizo asesinar sin misericordia á treinta de treinta y dos colonos, que sin tomar las precauciones por la experiencia de las pasadas traiciones del Indio necesarias, fueron neciamente confiados á visitarle. De los dos blancos que de aquella mantanza se salvaron, uno debió la vida á la fuga, y el otro, llamado Enrique Spillman, á la intercesion de Pocahontas, quien además obtuvo para él un asilo en la tribu de los Patawameks, donde aquel desdichado pasó no pocos años y llegó, aprendido el bárbaro idioma, á servirles de intérprete á los Indios en sus transacciones con los Europeos.

Hasta el año de 1611 no volvemos á tener noticia de Pocahontas, como no sea la de haber tenido tambien que refugiarse en una tribu amiga aquella jóven Princesa, tal vez huyendo de la cólera de su padre: mas como quiera que fuese, emigrada parece que la encontró en la fecha indicada el capitán Argall, al anclar, procedente de Europa, en el río Potomac. Argall, á quien en Inglaterra hiciera Smith grandes y merecidos elogios de la hermosa India, propúsose apoderarse de su persona, con el objeto de obligar de ese modo á Pawhatan á que le otorgara las concesiones de que menester habia; y al efecto entró en negociaciones con un Indio anciano, su nombre Yapawzaws, y amigo en otro tiempo del mismo Smith. El plan de Argall era sencillo: hacer venir á Pocahontas al bajel, como para enseñárselo, y así que en él pusiera la planta apoderarse de su persona, bajo protesta de tratarla con la mayor consideracion y de ponerla en libertad así que sus políticos fines consiguiera. Yapawzaws hizo al principio el sordo, mas habiéndole el capitán mostrado una cafetera de cobre muy bien pulimentada, no solamente se le abrieron los oídos y se le despejó la inteligencia, sino que dando de mano á impertinentes escrúpulos, aceptó el encargo y puso, sin pérdida de tiempo, manos á la obra. Pocahontas, empero, habia ya visitado mas de un buque, y no siendo fácil por tanto mover su curiosidad entonces, tuvo el traidor Yapawzaws que valerse de su digna esposa, la cual mostrando gran deseo de ver la peregrina nave, comenzó en presencia de la bondadosa Princesa á importunar con encarecidos ruegos á su pérfido consorte para que la permitiera hacer aquella visita. Zapawzaws, después de resistirse lo que le pareció bastante para encubrir su maldad, consintió al cabo, mas con la precisa condicion



de que Pocahontas acompañara á su esposa; y la inocente jóven, por complacencia, cayó en el lazo.

Argall, después de obsequiar en su cámara á los tres Indios con un espléndido banquete, rogó á Pocahontas que por un momento pasara á un vecino camarote, y llamándola á poco, como si en el interválo hubiese notificado á Yapawzaws y su squaw, que así pretendían ocultar su traicion, la resolución tomada, declaró sin rodeos á la Princesa que desde aquel momento hasta que se hiciese la paz con Pawhatan, quedaba prisionera.

En vano la misera belleza deploró con amargas lágrimas y sentidos sollozos su desdicha; los malvados que la vendieran emplearon algunos momentos en consolarla con hipócritas frases, apresurándose luego á recoger el vil precio de su traicion; y Argall, no menos pérfido, recompensó los grandes y generosos servicios á sus compatriotas prestados por aquella cándida virgen de las selvas, mandándola en calidad de prisionera á James-Town.

La colonia despachó entonces un mensajero á Pawhatan, para informarle de la captura de su hija, exigiéndole por su rescate, la libertad de cuantos prisioneros tenia en su poder, la entrega de las armas de su tribu, y la restitucion de todo el botin de sus diferentes presas. Terrible fué en el anciano jefe el efecto de tan funesta nueva, pero sobreponiéndose en él, como siempre, el orgullo á todo humano sentimiento, tardó nada menos que tres meses en dar respuesta, mandando al cabo de ellos siete prisioneros ingleses, y un fusil inservible. En consecuencia volviése á trabar una guerra de escaramuza, que con varia fortuna prolongóse sin resultados mucho tiempo, hasta que al fin el cansancio mutuo decidió la conclusion de una tregua, á cuyo favor dos Principes, hermanos de Pocahontas, fueron á visitarla al fuerte de James-Town. Grande fué el consuelo de la ilustre cautiva con aquella breve visita, después de la cual regresaron los Principes á su wigwam acompañados de dos Ingleses, Juan Rolfe, y Sparks. Pawhatan dispuso que fueran los últimos honrosamente recibidos, mas negóse á admitirlos en su presencia, sin embargo de que Rolfe locamente enamorado de Pocahontas, le hizo saber que habia resuelto casarse con ella á su regreso al fuerte, como lo verificó en efecto, ante un tío y los dos hermanos de la Princesa, pues de ningun modo fué

posible reducir al gran jefe á que á la ceremonia asistiese personalmente. La virgen de las selvas, convertida al Cristianismo, tomó desde entonces el nombre de Lady Rebecca; y dicese que al abjurar el paganismo desprendióse enteramente de toda afición á los Indios y aun á su propio padre. Mas sea eso cierto ó no lo sea, lo que consta es que amó siempre tiernamente á su marido, y que adquiriendo fácilmente los modales y refinamiento de la culta sociedad europea, figuró dignamente en los aristocráticos salones de Londres, que á su vez la dispensaron benévola acogida. Verdad es que habiendo el capitán Smith hecho presente por escrito á la Reina Ana de Dinamarca, esposa de Jacobo I, los grandes servicios á los Ingleses prestados por Pocahontas, apenas su arribo á la metrópoli de la Gran Bretaña, S. M. se dignó admitirla en su presencia y tratarla benignamente, abriéndole así las puertas de la mas alta sociedad y recomendándola á la universal benevolencia.

Quizá el lector haya acusado de inconstancia el corazón de la hermosa americana, al verla enlazarse con Rolfe; mas aparte que nunca Smith pretendió de ella, ó mejor dicho, quiso admitir de ella otra cosa que amistad no fuese, su justificacion en ese punto estriba principalmente en habérsela hecho creer que el capitán era muerto en Inglaterra. Así se lo dijo ella misma en la única entrevista que con él tuvo en Londres, antes de partirse Smith para un nuevo viage.

« Prometisteis á Pawhatan, le dijo, que todo entre nosotros seria comun: yo soy su hija y quiero llamaros mi padre. — ¡Cómo! repuso el capitán — ¡siendo hija de un Rey! — ¿Qué importa? ¿Después de haber ocupado sus tierras y llenado de pavor á sus guerreros hareis escrúpulo de que yo me llame hija vuestra? Pues padre he de llamaros, si quereis que me crea para siempre vuestra compatriota... *Todos me decian que érais muerto y así lo he creído hasta que desembarqué en Plymouth*, sin embargo de que Pawhatan, que nunca se fia de los blancos, dudando del hecho mandó aquí uno de sus vasallos á buscaros. »

Como se ve, la desconfianza del gran jefe no era infundada: pero lo mas curioso del caso es que habiendo en efecto, comisionado á uno de sus guerreros para que, visitando la Inglaterra, le informase de la condicion del país y del número de sus habitantes, el salvaje mensajero desembar-



cado que hubo en la isla británica, proveyóse de un baston, en el cual hacia una señal á cada persona que en la calle encontraba, hasta que mareado y fuera de tino hubo de renunciar no muy tarde á tan singular estadístico expediente. La casualidad, sin embargo, le sirvió haciéndole encontrar y reconocer en las calles de Londres al capitán Smith, á quien inmediatamente pidió que le enseñara *su Dios, su Rey, su Reina, y sus Principes*. Por lo que hace al Rey ya el Indio le habia visto, mas aun así y todo, difícil le fué al Smith persuadirle de que Jacobo I podia ser Monarca de tan gran Reino. — « Vos, decia el salvaje, le habeis dejado un perro blanco á Pawhatan, que le mantiene como si fuera uno de sus hijos; ¿porqué vuestro Rey, nada me da á mí, que valgo mas que un perro? »

A su regreso á Virginia, preguntóle Pawhatan cuántos eran los moradores de Inglaterra: — « Cuenta, respondió el mensajero, las estrellas del cielo, las hojas de los árboles, ó las arenas del mar, y sabrás cuántos son los Ingleses »

Poco tiempos después de su entrevista con Smith, Pocahontas, hallándose en Gravesend con su marido, y un hijo que de él tenia, pronta á embarcarse para América, sucumbió aun en la primavera de la vida, al rigor de una maligna súbita fiebre.

Jóven, hermosa, amable, generosa y hasta heróica, bajó al sepulcro la tierna Americana: su memoria vivirá eternamente en los corazones de los habitantes de la Virginia, cuyas mas ilustres familias tienen á honra llamarse descendientes de la que fué maravilla en el desierto, y flor preciada en la culta Inglaterra.

El capitán Smith, murió en Londres en 1634 á la edad de cincuenta y dos años, dejando en pos de sí la fama de paladin de una Edad media, todavía mas que de guerrero de los tiempos modernos, con haberlo sido muy esforzado.

B. H. REVOIL.